

FERNANDO LEÓN SOLÍS

LA
GRAN NOVELA
ANDALUZA

Título: La gran novela andaluza

Primera edición: abril, 2026

© 2026, del texto Fernando León Solís.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Imagen de interior de cubierta, Bartolomé Yépez Mazuelas

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1650-2026

ISBN: 979-13-88290-99-2

A mi madre y a toda mi familia



Índice

PRIMERA PARTE	9
1	11
2	29
3	43
SEGUNDA PARTE	61
1	63
2	81
3	95
TERCERA PARTE	109
1	111
2	123
3	149
CUARTA PARTE	167
1	169
2	185
3	203



PRIMERA PARTE



1

Desde el cielo, Andalucía se ve surcada por una línea diagonal que describe el Guadalquivir en su recorrido nordeste-suroeste. Al norte de su cauce, Sierra Morena se alza como un triángulo verde oscuro, el reverso casi idéntico, en forma y tamaño, del profundo valle que la corriente ha excavado en su flanco sur. Observado desde más cerca, el río serpentea por llanas tierras de campiña, creando amplias curvas y calmos recodos. Como por capricho, al entrar en la provincia de Córdoba, se desvía hasta encajarse en las faldas de los montes, que lo obligan a ondularse, formando meandros con un trazado similar al de un latigazo. Es aquí, en Montoro, donde transita por el trecho más pronunciado y espectacular de estas revueltas fluviales. Cuando baja con su volumen normal, vira obediente hacia la izquierda y discurre pegado a la colina sobre la que se asienta el pueblo, dejando despejado, a su derecha, un anchísimo anfiteatro natural donde triscan las cabras y corretean las yeguas. Pero en los raros episodios de lluvias intensas, se desata y reclama lo que le pertenece: inunda los juncos, envuelve los árboles, anega los antiguos molinos de las orillas y amenaza con arrasar el puente centenario de piedra rojiza. Pasados unos días, vuelve a fluir sosegado, rumbo a su estuario y, finalmente, al océano. Poco tiempo después se seca el fango, todo vuelve a la normalidad y la crecida se sumerge en el olvido.

Aunque, como ocurrió el pasado otoño, no todas las tempestades son tan poco memorables ni dejan tan poca huella.

Los servicios meteorológicos habían advertido que una bolsa de aire frío iba a desprenderse de la circulación general de la atmósfera, como un ogro a la fuga. Me acababan de hacer jefa de redacción de lo que algunos llaman con ironía «el emporio mediático del alto Guadalquivir», y se me había asignado la oficina de la Torre, situada en lo más alto de una de las antiguas casas solariegas de la plaza principal. Desde esa posición de atalaya, vi cómo el cielo se fue enturbiando a partir de las once de la mañana. Sobre la una, el aire se espesó y, como estaba previsto, comenzó a llover un poco antes de las dos. Mejor dicho: las compuertas del cielo se abrieron, dando paso al diluvio. La población había sido avisada, así que las calzadas estaban vacías. Y con el tráfico vedado de la zona céntrica, el único sonido que se percibía era el zumbido de la lluvia, que caía a tiras, produciendo un silbido como de proyectil. En apenas unos minutos, los canalones de los tejados empezaron a descargar borbotones de agua que se estrellaban contra el suelo con la fuerza de la metralla. La situación empeoró hasta tal punto que decidimos cerrar la redacción, irnos a casa y seguir informando de la tormenta con nuestros móviles a través de las redes sociales. Llovió con terca intensidad hasta la mañana del día siguiente. Cuando amainó el temporal, todo el mundo se dirigió hacia el río, que se había salido de su sinuoso cauce y había acabado sumergiendo la vega, creando una enorme balsa que rugía como un león pese a su aspecto tranquilo. Los últimos coletazos de la borrasca descargaron fuertes aguaceros y con ellos se formaron intensos arcoíris dobles que resplandecían contra el oscuro cielo del este. La subida del caudal, que casi sobrepasó el puente, también inundó el mundo virtual y, por unas horas, el Guadalquivir a su paso por Montoro se convirtió en *trending topic*.

Alberto me llamó varias veces desde Edimburgo, desde donde estaba siguiendo en tiempo real todas mis actualizaciones y también las de mis compañeros. Le tenía fascinado la manera tan intensa de llover, la repentina crecida del río y que el pueblo se hubiese convertido en un foco de atención en internet. Él mismo compartió en sus redes las fotos que yo le enviaba, a las que añadía comentarios sobre la belleza del espectáculo. Por eso me sorprendió que eligiera ese momento preciso para anunciarme que le había llegado la hora de volar.

«Volar» significaba deshacerse de los terrenos agrícolas que sus padres le habían legado en Montoro, suponía desprenderse para siempre de La Pontanilla, la finca familiar situada en lo más profundo de Sierra Morena; implicaba, en fin, decir adiós a sus orígenes y a su hogar. Como digo, me extrañó el momento elegido, pero no la decisión en sí. En realidad, su alejamiento había sido predeterminado por su padre, que desde joven le había insistido que: «la vida es una actividad que se ejecuta siempre hacia adelante». Esa era su frase favorita. La primera vez que se la oí me pareció una idea llena de luz, de ímpetu y de movimiento; y originalísima. Más tarde, descubrí que no era suya sino de Ortega y Gasset, pero no por eso perdió para mí ni un ápice de su fuerza. La consecuencia lógica de aquella máxima llevaba ahora a Alberto a poner en venta sus posesiones y dejar atrás el pasado.

En un primer momento, pensé que su resolución era sensata y, por tanto, no vi necesidad de emitir ningún tipo de juicio. Como buena amiga, le dije que lo apoyaría en todo; faltaría más. Pero pronto, la posibilidad de dejar ir La Pontanilla me empezó a doler como si me fuesen a despojar de un bien que sentía como propio. Emergieron entonces los recuerdos de nuestra infancia. Yo era la única persona de su edad que, a pesar de vivir a unos dos kilómetros de distancia, podía considerar su vecina. «¡Esperanza, pasas más

tiempo en La Pontanilla que en esta casa!», «¡te tienen *aporhijá!*», me decía mi madre. En aquellos días éramos Pixie y Dixie, como nos bautizó el padre de Alberto, que más adelante nos buscó otros dos sobrenombres que reflejaban a la perfección la fusión de nuestras personalidades: Espelberto y Albertanza. Escucharlos por primera vez fue como ver un truco de magia con el que se nos unía para siempre en dos palabras.

De entre aquellas evocaciones de nuestra niñez compartida, cobró especial fuerza la de una mula ya vieja, blanca y mansa llamada Copo. Cuando la madre de Alberto empezó a mostrar los primeros síntomas de dolencia, Gonzalo, el guardés, pasó a hacerse cargo de él en cuerpo y alma, convirtiéndose en su segundo padre. Como no podía dejar abandonadas sus labores, nos montaba a la grupa de Copo, que deambulaba entre los pinos y las matas de jara y romero. Pastaba aquí y allá, y arrancaba flores de camino al arroyo, adonde bajaba a beber todos los días, arrimándose a las ciervas y sus cervatillos, con los que compartía espacio sin que ninguno se inmutase. Los pájaros se acercaban a saciar su sed junto a los zorros que, a veces, daban manotazos a los galápagos, que caminaban lentos por la tierra o se deslizaban con agilidad en el agua. Cuando apretaba el calor, se daba azotes con la cola para espantar las moscas. Había ratos en los que esa era su única actividad: zas, zas, zas. Y, cuando le apetecía, regresaba a la casa. Nosotros no decíamos nada, o apenas susurrábamos algunas palabras, conscientes de que debíamos pasar desapercibidos para evitar que se deshiciese aquel encantamiento.

Justo por ese aislamiento geográfico y por el privilegio de tener un bosque exclusivo para nuestro disfrute, llegamos a pensar que éramos las piezas de un dúo con una existencia incomparable a cualquier otra. Solo durante un cortísimo periodo se nos unió Diego, que, a pesar de nuestra breve amistad, acabaría siendo una pieza fundamental no

solo para nuestras pretensiones juveniles de escribir *La gran novela andaluza*, sino para todo lo que ocurrió después del diluvio. Pero me estoy adelantando y eso no va conmigo: como buena periodista, prefiero el rigor de la cronología, así que vayamos por partes.

Diego vivía con su familia en el pueblo, pero un otoño, durante la campaña de recolección de la aceituna, se agregó al grupo de siete escolares con residencia en la sierra a los que el microbús del colegio nos transportaba a diario. El conductor; un señor flaco, de pocas palabras y de paciencia bíblica, nos llamaba: «Los siete días de la semana». Con la llegada del nuevo pasajero, nos rebautizó como: «Los ocho planetas». Los cinco primeros, que se acomodaban siempre cerca de la puerta de entrada, se apeaban a los pocos kilómetros en el altiplano de El Madroñal. En el pago de La Torrecilla, se quedaba Diego, apodado Saturno. Cuando llegaba mi turno, se oía el grito de: «¡A ver, Urano!» y yo obedecía de inmediato. Neptuno se bajaba ya en el pago de La Pontanilla, en el confín del mundo civilizado.

Por orden de salida, a Diego le pertenecía colocarse en una zona intermedia del bus, pero poco a poco se nos fue aproximando hasta que nos hicimos amigos. Tres años mayor que nosotros, siempre nos trató con una superioridad bajo la cual escondía la curiosidad que le despertaba nuestra fama de salvajes que vivían en los límites de lo conocido. Con su corpachón y aspecto desaliñado, nos hablaba con tono erudito, acaparando la conversación con comentarios sobre sus lecturas. Le fascinaba Julio Verne, especialmente *Cinco semanas en globo*, que citaba de memoria a fuerza de haberlo leído una y otra vez. Teatralmente, gritaba: «¡Los obstáculos están hechos para vencerlos!» o: «¡Lo que no puede llevarse a cabo de un modo debe intentarse de otro!». Su frase favorita era aquella en la que Samuel Ferguson, el líder de la expedición, exclama: «Hasta ahora hemos seguido preferentemente las huellas de los que nos han precedido.

En lo sucesivo nos lanzaremos en busca de lo desconocido. ¿Os sentís con valor?». Nosotros lo escuchábamos quietecitos, admirados por su entusiasmo y por su vozarrón, atraídos por aquella historia de personajes intrépidos e inmunes al desaliento. Tanto interés nos despertó aquel relato que le pedimos que nos lo prestara.

Como era nuestra costumbre, lo leímos juntos y en voz alta. Un día, cuando se suponía que estábamos haciendo las tareas del colegio, el padre de Alberto nos sorprendió en nuestra lectura furtiva. «Os habréis dado cuenta de que no todo lo que se relata en esa novela está bien», observó. Se refería a su racismo crudo y ridículo. Alberto le preguntó si debíamos dejar de leer. Su respuesta fue la primera vez que se me invitaba a adoptar un espíritu crítico: «No», contestó; «solo os pido que la leáis con cuidado». Comprendimos muy pronto la atracción de Diego por aquella historia, repleta de pasajes conmovedores que anotamos en un cuaderno y que, como él, nos aprendimos de memoria. Leíamos y releíamos fragmentos en los que el globo, por falta de viento, quedaba suspenso en el espacio en una quietud absoluta; o aquellos otros en que la fuerza de una tormenta zarandeaba sin piedad a los expedicionarios, cuya fe en la ciencia era tan firme como su aceptación del azar y de la Providencia, a la que se entregaban sin resistencia. Visto nuestro interés, les pedimos a nuestros padres que nos compraran la colección completa de las obras de Verne, que, aunque fascinantes, nunca nos llegaron tan al alma como aquella travesía por África desde el aire.

Esta fue la base de nuestra amistad con Diego, que se fue desarrollando durante los escasos 30 minutos diarios de trayecto en autobús de aquel otoño. Al año siguiente, por noviembre, descubrimos que su sabiduría iba mucho más allá de las novelas vernianas. Fue un sábado y, como de costumbre, yo estaba con Alberto en La Pontanilla. Estábamos jugando en el patio cuando, sin saludarnos, entró

preguntando por don Enrique con aires de importancia, como un emisario que tiene audiencia con un gran jefe. «Vengo en busca del señor veterinario», dijo. El padre de Alberto lo recibió en su despacho. «¿Qué se le ofrece a don Diego?», le preguntó correspondiendo su entrada grandiosa. Con parsimonia y gran elocuencia, explicó que estaba en el cortijo de uno de sus tíos, donde se había realizado la matanza de un cerdo. Seguidamente colocó en el escritorio un envoltorio de papel con unas muestras de asaduras. Don Enrique fijó un trozo bajo el microscopio para analizarlo. «Asomaos aquí», dijo invitándonos a posar el ojo sobre el ocular. Un grupo de larvas se enrollaban y se estiraban sin parar, como obedeciendo a una música que no conseguíamos oír. «Subíos al coche que nos vamos», nos ordenó. Antes de arrancar, don Enrique se volvió a preguntarnos: «¿Se han puesto los cinturones Espelberto y Albertanza?». Diego, que se había sentado de copiloto, se giró, nos miró, lanzó una sonrisa burlona y exclamó: «¡Ja!».

El cerdo sacrificado tenía que ser quemado, anunció don Enrique. Estaba infectado de triquinosis. Hubo unos momentos de desilusión, pero se organizó rápido otra matanza para la semana siguiente. Para evitar problemas, se pidió al veterinario que estuviera presente desde el principio. «Esos no son espectáculos para niños», dijo don Enrique ante la insistente petición de Alberto de acompañarlo. «Es una cosa dura de ver», «ya tendréis tiempo cuando seáis un poco mayores», fueron algunos de sus argumentos. Yo nunca había presenciado el sacrificio de un cerdo, pero había escuchado muchas veces, desde la distancia, los gritos desesperados de los cochinos en las frías mañanas de noviembre y comprendía aquellas razones. Alberto, sin embargo, siguió con la matraca. Hubo un tira y afloja entre él y su padre. «De acuerdo, pero con la condición de que tú y Esperanza os quedéis afuera. Le diré a Diego que se haga cargo de vosotros», cedió don Enrique. Poco lo conocía.

«Yo os cuidaré», nos dijo Diego con indulgencia. Cuando se aseguró de que estábamos solos, sentenció parafraseando a Samuel Ferguson: «Hasta ahora habéis andado solo por terrenos permitidos. En lo sucesivo, nos lanzaremos en busca de lo desconocido. ¿Os sentís con valor?». Alberto y yo nos miramos sin decirnos nada, conscientes del riesgo que corríamos, incapaces de negarnos y, quizás, emocionados por el deseo de desafiar a la autoridad.

Apenas echamos a andar, comenzaron a oírse los gritos del cerdo, un sonido agudo y desesperado que nunca había percibido tan de cerca y que me obligó a taparme los oídos hasta que llegamos a la carretera principal. Recorrimos una corta distancia, cruzamos y nos adentramos en un carril de tierra por el que anduvimos un buen trecho. Los setos linderos eran espesos y las copas de las encinas formaban un arco que nos mantenía en penumbra. Llegado a cierto punto, Diego se detuvo y, volviéndose, exclamó: «¡El lugar de la Rintintina!». Alberto y yo nos paramos en seco. Aquel sitio, del que habíamos oído hablar tanto pero que nunca habíamos visto, estaba envuelto por el aura de lo maldito.

Alberto dio el primer paso y yo lo seguí hasta ponernos a la altura de Diego. Desde allí, divisamos aquella casa con fama de embrujada. Era uno de esos edificios que, observados de frente, se asemejan al rostro de una persona. Sus dos ventanas, situadas a ambos lados de la puerta principal, estaban rematadas por cornisas inclinadas, como las cejas de unos ojos interrogantes. El marco de la puerta, de jambas cortas y dintel ladeado, le conferían expresión de socarronería.

Diego nos contó lo que sabía de la historia de aquel lugar, que, más adelante, yo he conseguido completar.

La Rintintina era una costurera que había vivido reclusa como una ermitaña en aquella casa de la sierra, subsistiendo con los encargos que le hacían los vecinos de los lagares cercanos, menos dados que las gentes del pueblo

a alimentar chismes o a obsesionarse por las vidas ajenas. Allí, en el aislamiento del campo, era una más; vivía en el tiempo presente, como los ciervos, los pájaros y los pinos, sin que su pasado le importase a nadie. Por el contrario, en el pueblo, donde bajaba de vez en cuando para aprovisionarse, era señalada por su vida pretérita, de la que había dos variantes. Según la primera, la menos dañina, su única hija era producto del amor de una noche con un transeúnte desconocido. Desesperada por no poder criarla en buenas condiciones, la dio en adopción. La segunda versión, más siniestra y también la más aceptada, le asignaba la paternidad a un casado del pueblo, un rico que le arrebató a la niña y la mantuvo amenazada de por vida. Ella, por despecho y por desprecio, se vengaba manteniendo a todo el mundo en vilo, hablando con segundas y con retintín, con *rintintín*, de ahí su sobrenombre. Su despreocupación por lo que dijeran los demás fue en aumento y sus amenazas de dar a conocer la identidad del padre de su hija se hicieron más creíbles. Un día lluvioso de otoño en los años 70 la hallaron muerta, envenenada. La investigación no pudo determinar si fue suicidio o asesinato. Lo más probable es que nadie se preocupase demasiado por saber la verdad.

«Desde entonces, su alma anda atrapada en esta casa abandonada, luchando por salir», nos dijo Diego. Poniéndose valiente, hizo ademán de acercarse al lagar, y con un tono de voz mezcla de invitación y desafío, nos apremió: «Venga, venid conmigo». Yo me negué y, antes de que Alberto decidiese qué iba a hacer, se oyó un murmullo de personas proveniente del interior. Toda la bravura de Diego se esfumó y volviéndose hacia nosotros, gritó: «Vámonos de aquí». Mucho menos ágil que nosotros, pronto se quedó rezagado y sin aliento.

Cuando llegamos al cortijo, nadie se había percatado de nuestra ausencia. Desentendiéndose de nosotros, Diego se mezcló con su familia y no nos volvió a hablar. Uno de sus

tíos, ajeno como todos a nuestra aventura ilícita, nos trajo un regalo: con la vejiga del cerdo, bien lavada e inflada con una caña, nos había confeccionado un balón, al que llamó Mondongo, con el que acabamos jugando a matar sin mucha gana.

Pocos días después se extendió el rumor de que la sierra se había llenado de extranjeros. De rumanos. En el colegio los otros niños querían saber si habíamos visto a aquellos inmigrantes, si de verdad robaban y secuestraban bebés. Yo pregunté en casa y mis padres me dijeron que me dejase de tonterías. Alberto preguntó en la suya y la respuesta fue que habían venido a trabajar, que no hiciera caso de habladorías. Una mañana de sábado, movidos por la curiosidad, salimos al campo sin pedir permiso y, recordando lo que habíamos vivido en nuestra visita con Diego, acabamos en el caserío viejo y abandonado de la Rintintina. No se veía a nadie por allí, pero estaba rodeado de tendederos de ropa que se secaba a la intemperie. Al siguiente sábado volvimos y vimos lo mismo: señales de vida, pero ni rastro de personas. Continuamos con nuestras visitas clandestinas. En una ocasión percibimos un ruido de pasos y salimos huyendo. Nos prometimos no decir nada a nadie y no volver nunca más, pero volvimos. La siguiente vez notamos la misma presencia, alguien que nos observaba, pero que no nos salía al paso.

Al poco tiempo, llegaron las acusaciones: empezó a circular la idea de que el padre de Alberto había denunciado a algunos dueños de fincas por explotar a esos extranjeros, a los que no se les proporcionaba alojamiento adecuado ni salario digno. En el pueblo, lejos de la realidad, se vivía en el mundo de las murmuraciones; en la sierra, por el contrario, donde estaban los inmigrantes de carne y hueso, muchos se pusieron de parte de don Enrique y ayudaron en lo que podían: suministrando comida, ropa de abrigo o leña para calentarse. La Pontanilla se convirtió en el centro neurálgico de la operación en la que ayudábamos nosotros. Pasó el

otoño, la Navidad y, terminado el periodo de la recolección, las cuadrillas de jornaleros empezaron a dispersarse. Una tarde de febrero, Alberto salió del bus escolar y, de camino a casa, oyó primero un revuelo y luego una voz que le gritaba: «¡Corre, corre!». Llegó a La Pontanilla jadeando, pero no dijo nada a nadie. Aquella noche, sin ser visto, escuchó a su padre hablar con una tercera persona que, con acento extranjero, aseguraba que esa tarde había impedido que alguien le hiciera daño «al niño», que tuviese cuidado. Durante unos días, tanto a Alberto como a mí se nos prohibió salir e íbamos custodiados al colegio por don Enrique. Pasadas unas semanas, entramos con sigilo en su despacho y abrimos una carta sin remite con un simple mensaje: «Estimado don Enrique, vuelvo a Rumanía. Estamos muy agradecidos por su ayuda», firmado por Andrei Radu. No teníamos manera de saber si el tal Andrei Radu era el hombre que nos había observado cuando visitábamos el lagar de la Rintintina y que luego le gritó a Alberto que corriese.

En varias ocasiones, volvimos en secreto al lagar de la Rintintina, que con el fin de la temporada de la recolección de la aceituna había vuelto a quedarse deshabitado. Pero con la rapidez con que se pasa de una cosa a otra en la niñez, acabamos perdiendo el interés por aquella casa desamparada. En cuanto a Diego, durante un tiempo se nos acercaba aleatoriamente en el colegio y nos soltaba en voz baja una de sus frases favoritas: «¡Los obstáculos están hechos para vencerlos!». Dos años después abandonó la escuela, y solo volvíamos a verlo cuando los maestros nos sacaban de ruta cultural para conocer los museos, las iglesias y otros monumentos del pueblo. La primera vez estaba sentado asoleándose a media mañana en un banco de la plaza, una actividad más propia de jubilados que de adolescentes. Alberto hizo el gesto de acercársele, pero yo le tiré de la manga. Tenía mirada de ido y, por un injusto motivo, temía que su reacción fuese iracunda contra nosotros. La segunda vez fue él quien

nos llamó la atención, estábamos a punto de entrar en la parroquia de la plaza cuando se nos aproximó y, esperando a que los demás estudiantes se separasen de nosotros, nos dijo con nostalgia: «Espelberto y Albertanza. Siempre juntos».

Nunca hemos sabido con certeza cuál es su trastorno, pero la creencia popular lo achaca a su mucha inteligencia. Como un centinela, le gusta caminar en solitario por el pueblo; y en las ocasiones en que nos ve juntos siempre nos llama Espelberto y Albertanza. Lo hace discretamente, en voz baja, como para guardar el secreto que nos une, para animarnos a mantener por siempre nuestro nudo indestructible, que nunca fue tan fuerte como en los años de la adolescencia en que fraguamos el plan de escribir *La gran novela andaluza*, en cuyo germen, como ya he dicho, Diego, sin saberlo, estuvo implicado.

Surgió en el instituto, durante una semana dedicada a la amistad. Como parte de los actos conmemorativos, se nos pidió que escribiésemos ensayos, grabásemos vídeos o compusiésemos poemas y canciones sobre el tema. En ese contexto festivo, nuestra profesora de inglés nos contó la historia de amistad entre Truman Capote y Harper Lee. «Estos dos grandes de la literatura norteamericana», nos dijo, «se conocieron en su infancia en Monroeville, Alabama, un pueblo de unos pocos miles de habitantes perdido en el sur profundo de los Estados Unidos». «¡Cuánto talento concentrado en una aldea desconocida, qué casualidad que dos genios fueran amigos de niños!», exclamó. Alberto y yo nos miramos asombrados, como si nos estuviese hablando de nosotros mismos. Y una idea tonta se nos metió en la cabeza: «Monroeville, Alabama; Montoro, Andalucía». Estas cuatro palabras se convertirían en un verdadero eslogan porque, por aquel entonces, en el momento culmen de nuestras presuntuosas ambiciones juveniles, se instaló en nosotros el deseo de hacernos un nombre, de convertirnos en el Truman Capote y la Harper Lee de Montoro, en el

Capote y la Lee de Andalucía. Que con el tiempo la amistad de aquellos dos genios de la literatura norteamericana se corrompiera no nos parecía importante; lo que nos fascinaba era el poder que había demostrado el azar para unir en un lugar tan pequeño e insignificante a los creadores de dos joyas literarias, dos grandes novelas americanas: *Matar a un ruiseñor* y *A sangre fría*.

Con el apoyo de nuestra profesora de inglés y el de nuestros padres, leímos todo lo que pudimos, vimos las películas basadas en sus relatos y estudiamos todo lo que cayó en nuestras manos relacionado con los dos autores. El título nos tenía fascinados: *La gran novela andaluza*. Empezamos considerando cómo daríamos comienzo a nuestra gran obra. Habíamos leído en algún sitio que las ficciones deben abrirse atrapando al lector y en eso estábamos los dos de acuerdo, pero nuestras opiniones divergían en cómo hacerlo exactamente. Alberto se empeñaba en que teníamos que comenzarla ubicándonos, describiendo el lugar donde se iban a desarrollar los hechos, al estilo de *A sangre fría*. Yo, por el contrario, me decantaba por empezar con una escena con mucho movimiento, con un zambombazo que dejase al lector con la boca abierta y con ganas de saber más. Alberto se me adelantó con esta serie de frases que me cautivaron: “Desde el cielo, Andalucía se ve surcada por una línea diagonal que describe el Guadalquivir en su recorrido noreste-suroeste. Al norte de su cauce, Sierra Morena se alza como un triángulo verde oscuro, el reverso casi idéntico, en forma y tamaño, del profundo valle que la corriente ha excavado en su flanco sur. Observado desde más cerca, el río serpentea por llanas tierras de campiña, creando amplias curvas y calmos recodos”.

Me pareció una descripción tan bonita que no hubo más discusión. Estaba claro: había que empezar ubicándose. La narración comenzaría con esa imagen tranquila que sería perturbada por un acontecimiento que alterase la calma.

El siguiente paso era identificar aquel suceso y, a partir de ahí, desarrollar la trama. Para ello, buscamos de nuevo inspiración en las dos novelas que nos guiaban. En *A sangre fría*, una familia anónima de Kansas es brutalmente asesinada, los culpables son capturados, juzgados y ahorcados. En *Matar a un ruiseñor*, un abogado del sur de Estados Unidos defiende a un hombre negro acusado en falso de violación; durante el proceso sus dos hijos descubren la dura realidad del racismo y la injusticia. Establecidos los modelos, correspondía ahora trasladarlos a nuestro entorno. No tardamos en reparar en que nosotros mismos habíamos sido protagonistas de unos eventos de la magnitud suficiente como para ser la fuente de aquel cuento que tanto buscábamos. Unos eventos que nos devolvían al lagar de la Rintintina, que nos retrotraían a aquella experiencia que habíamos vivido años atrás en primera persona y que nos parecían perfectos como base de nuestra gran novela: estaría basada en hechos reales y su trasfondo de abusos laborales y de racismo la convertiría en una obra con contenido social. Además, aquel lagar le proporcionaba un misterioso componente gótico. Era nuestro momento eureka, habíamos dado con la semilla de nuestro relato. Iba a ser nuestro *Matar a un ruiseñor*.

Para darle mayor extensión y realismo, decidimos consultar a Gonzalo que, siendo del pueblo y criado en el campo, tendría los detalles que nos faltaban. Empezamos preguntándole por la Rintintina. «A los muertos hay que dejarlos tranquilos», nos dijo con un tono medio iracundo que nos sorprendió. Pensamos que hablaba así por superstición, por miedo a que la vieja costurera volviera de ultratumba; así que fuimos a don Enrique, que nos dijo que Gonzalo tenía razón, que no se pueden usar las miserias de los demás para inventar cuentos. «Y, ¿de los rumanos de la sierra y de Andrei Radu? ¿Podemos escribir?», preguntó Alberto. A su padre se le cambió la mirada, como si hubiese sido desafiado, y dijo: «¿Qué sabes tú de Andrei Radu?». Alberto le contó

que sospechábamos que Radu lo había defendido del ataque de los propietarios de las fincas que explotaban a los jornaleros, y que habíamos visto su nota de agradecimiento en el despacho. «¡Ni hablar!», nos reconvinó con fuerza, «podéis acabar en un juicio». Cambiaríamos los nombres, la historia se desarrollaría en otra parte de Andalucía, argumentó Alberto. Don Enrique seguía en sus trece; Alberto siguió porfiando. Queríamos escribir nuestro *Matar a un ruiseñor*, le dijo; Andrei Radu sería nuestro Boo Radley, el misterioso vecino que interviene y salva a los dos niños en un ataque la noche de Halloween... «Ya sé quién es Boo Radley, pero aquí no hay ruiseñor que valga», sentenció don Enrique, fijando su mirada primero en Alberto y luego en mí.

El diluvio del pasado otoño y todo lo que destapó acabó demostrando que aquella prohibición no era sino una forma de impedirnos investigar un pasado en el que nadie salía bien parado, pero en aquel momento no podíamos imaginar tal cosa. Solo obedecimos y nos pusimos a buscar inspiración en otra parte. Continuamos investigando en internet qué se entendía por «la gran novela americana» y decidimos que, siguiendo el estilo de la historia de *Rip van Winkle* de Washington Irving, el personaje principal de nuestra historia sería un campesino depositario de lo andaluz que se quedaría dormido debajo de un pino y despertaría trece siglos antes, durante la llegada de los primeros musulmanes a la Península. Salimos al campo, elegimos el pino, lo pinté a carboncillo y decidimos que esa sería la portada del libro. El tiempo transcurriría para todo el mundo menos para aquel paisano, que viviría a través de los siglos sin envejecer. Más tarde le añadimos un perro, que lo acompañaría en sus aventuras. El perro tampoco envejecería. Escribimos una sinopsis, pero por algún motivo aquella historia no nos convencía; a veces nos parecía presuntuosa, otras veces ridícula, de manera que pensamos que el protagonista de nuestra gran novela no sería una persona, sino un objeto.

Después de mucho pensarlo, decidimos que ese objeto sería la torre de la plaza, la gran vigilante que ha observado todo lo ocurrido en los últimos siglos. Lo comentamos con el padre de Alberto, que nos recomendó leer *Un Puente sobre el Drina*, una historia que nos dejó tan fascinados que cambiamos de idea: al estilo de Ivo Andrić, el héroe del relato sería el puente antiguo de Montoro, el testigo de la evolución histórica desde el siglo XV. Contendría cuentos de pasión, amor, traición y sexo que atravesarían los siglos mientras el puente continuaría inmutable, testigo mudo del paso de las generaciones. Hicimos un esbozo del relato, pero pronto nos dimos cuenta de que el trabajo de investigación histórica que se necesitaba sería gigantesco, inabarcable para nosotros. Así que abandonamos el plan y volvimos a la casilla de salida.

Luego, como se dice, la vida se metió por medio. Primero, nuestras primeras aventuras amorosas nos alejaron del proyecto; más tarde, nuestra separación durante los años universitarios (los suyos en Granada y los míos en Sevilla) acabó por extinguir aquellas aspiraciones a convertirnos en dos grandes de la literatura. Como también se dice, una cosa llevó a la otra y, con el tiempo, nuestras maneras de estar en el mundo fueron divergiendo, sin que por ello nuestro fuerte vínculo haya desaparecido jamás. En mi mente, es como un sendero que se bifurca en dos veredas que corren paralelas y a veces se cruzan. Mi vida, como Alberto me ha dicho en ocasiones, sin ánimo de ofender, es anodina. Y yo no me ofendo. Es más, me digo: «mi vida es anodina a mucha honra, porque no lo es por imposición del destino, sino por opción propia». No es que me haya resignado a un tono menor de existencia; ha sido mi elección ser periodista en el pueblo donde nací y estar casada con Antonio, un hombre cabal que se dedica a la construcción, que tiene que desplazarse allí donde está el trabajo. Un hombre que me quiere bien y me proporciona estabilidad.

Alberto, por su parte, no solo se aplicó la máxima de su padre de vivir «hacia adelante», sino también «hacia fuera» y, en cuanto pudo, se marchó a Edimburgo, donde su vida cambió. En pocas semanas consiguió un contrato en prácticas como ayudante de redactor en BBC Alba, el canal en idioma gaélico de la corporación británica; y muy pronto después se formalizó su contrato permanente para la sección de noticias y reportajes de España y Latinoamérica. De ahí pasó a formar parte de un proyecto sobre casas de *art brut*, esas construcciones raras creadas por artistas autodidactas con lo que tienen a mano. Se le encargó localizar algunos de esos edificios repartidos por las provincias andaluzas. De entre ellas, se decantó por tres: una casa construida en la comarca de los Montes de Granada; otra parcialmente esculpida en una roca en la sierra de Cádiz y, cómo no, la Casa de las Conchas de Montoro. Una vez que se confirmó la disponibilidad de los fondos, organizó el viaje, al que Alberto le asignó un valor trascendental. Y esto por dos motivos: sus esperanzas de promoción laboral estaban puestas en esta empresa que, si salía bien, podía ser su trampolín a la posición de director de proyectos. Era, además, su oportunidad de comunicarle en persona a Gonzalo su decisión de poner en venta sus propiedades. A mí me la podía comunicar por teléfono; sin embargo, a Gonzalo tenía que dársela cara a cara. «Se lo debo», me dijo con ese tono de seriedad un poco ridículo que algunas veces adopta. Ese tono que, por cierto, en esta ocasión estaba bien justificado porque, de la misma forma en que Gonzalo cuidó de su cuerpo y alma en el pasado más difícil, ahora había pasado a cuidar de sus bienes materiales.

Muchas veces lo he visto ponerle al tanto de las siegas, el arado, la poda y otras actividades agrarias a las que Alberto nunca ha prestado mucha atención. En las fechas apropiadas le hace recuento de las ganancias y de la cantidad que le corresponde a cada uno después de eliminar gastos. Habla con

esa parsimonia de los hombres ecuánimes que ponen todo su esfuerzo en que se sepan los motivos de sus decisiones y de su proceder. Todos los años, en febrero, le anuncia la calidad del aceite de oliva; le habla de todos y cada uno de sus terrenos, algunos de los cuales Alberto nunca ha visitado ni sabe siquiera dónde se encuentran. Esos lugares, con sus nombres tan evocadores, forman un mundo con consistencia de cuento: la Umbría del Judío, el Alguacilillo, la Boticaria... Gonzalo comparte con él sus preocupaciones: la falta de lluvia, la lluvia inoportuna, la lluvia excesiva, el calor, las heladas, el maldito granizo..., pero también sus muchas alegrías: el verdor de los trigos de la campiña, la gordura de la aceituna, el nacimiento de un potrillo... Por todo esto, al tomar la resolución de vender, Alberto se sintió asediado por dos sentimientos contradictorios. Por una parte, le destrozaba el alma imaginar el impacto que su decisión tendría sobre Gonzalo, al que iba a anunciarle que, nada más y nada menos, ese universo que se esforzaba por mantener intacto estaba ya caducado. Por otra, se había adueñado de él esa satisfacción que nos invade cuando sabemos que tenemos bien agarradas las riendas de nuestro destino y que ha llegado el momento de volar.

Pero llegó el diluvio y aparecieron los huesos de la campiña.

2

La subida espectacular del río eclipsó los estragos del temporal más allá del pueblo. Hacia el sur, los llanos de la campiña se anegaron hasta convertirse en auténticas lagunas; y donde el terreno se pliega, comenzaron a correr torrentes que arrastraron piedras y todo tipo de detritos naturales, que con su fuerza dejaron el paraje como si lo hubiera remodelado un alfarero loco. A los pocos días, cuando la tierra había absorbido el agua de lluvia y el sol empezaba a secar la superficie, fueron hallados unos huesos humanos por aquella zona. Las pruebas forenses revelaron que se trataba de un hombre de mediana edad con signos de haber sufrido, unas dos décadas atrás, una muerte violenta: por impacto de bala, que se encontró entre los despojos, y un fuerte golpe en el cráneo.

Antes de subir la noticia al sitio web del periódico, llamé a Alberto. «Los huesos han aparecido más allá del cementerio, cerca de las antiguas piscinas donde pasábamos las mañanas de verano cuando éramos chicos», le dije. Para mi sorpresa, ya lo sabía; le acababa de telefonear primero Gonzalo y más tarde la teniente Varga, la encargada de la investigación, para decirle que aquella zona era una de sus propiedades, una pequeña parcela llamada El Llano.

—¿Y qué te ha dicho la teniente Varga? —le pregunté.

—¿Qué me va a decir? Los huesos llevan ahí unos veinte años. Entonces yo tendría unos ocho o nueve. Mi coartada

es perfecta —dijo en broma—. Me ha dicho que me des-
preocupe —añadió en serio.

—Vaya, veo que sabes tanto como yo. Y eso que he sido
la primera en saber del caso...

—¿Eh? ¿Tú descubriste los huesos?

—No, yo solo he sido de las primeras en enterarme —le
repliqué con ese juego de intrigas que tanto nos gusta.

—A ver, Espe, no te hagas la interesante y desembucha.

Le contesté con un preámbulo para ponerlo en contexto:

—Desde que me quedé embarazada, he estado saliendo
a caminar todas las mañanas. Siempre hago la misma ruta:
bajo al paseo que bordea el río, cruzo el puente antiguo, sigo
hasta el nuevo y vuelta a casa. 42 minutos a buen ritmo. Pero
ese día, sin ningún motivo aparente, en lugar de girarme
después del segundo puente, lo crucé y seguí andando por la
pista de tierra que hay a lo largo del río. Subí la cuesta donde
está la depuradora de aguas, dejé a un lado el cementerio y
tomé el sendero que corre por detrás de las antiguas piscinas
hasta llegar a El Llano. Era temprano, hacía frío y el camino
estaba embarrado, por eso me sorprendió oír a Diego decir:
«¡Joder, joder!».

—¿Te refieres a Diego, Diego?

—Sí, Diego, Diego.

Hay muchos Diegos en el mundo, pero «Diego, Diego»
solo hay uno.

—En fin, a lo que iba —continué—. Lo llamé, pero no
contestaba. Lo volví a llamar y nada. Pensé que podría estar
en peligro, así que me salí del camino, salté la cuneta, me
encaramé por el terraplén y allí estaba, mirando los huesos
que la lluvia había destapado.

—¿Quién iba a pensar que en esos parajes tan anodinos
pudieran pasar estas cosas? —dijo Alberto.

Con el cuartel de la Guardia Civil en obras, la tenien-
te Varga nos convocó a Diego y a mí en una oficina cedi-
da por la Policía Local en el edificio moderno aledaño al

ayuntamiento. «Nuestra comparecencia», como la llamó Diego, fue factual y corta. Describimos lo que habíamos visto, lo que habíamos hecho y poco más. Nos dio las gracias y nos fuimos. A mí me pareció que la teniente tenía un aire distante y esquivo. A Diego le resultó familiar, como si la conociese de algo. Me lo dijo varias veces, pero como no le vi ninguna lógica, ignoré su comentario y lo olvidé.

Como ocurre a menudo con este tipo de sucesos, la noticia desapareció de la prensa en cuestión de días, pero Diego continuó disfrutando durante un tiempo de la gloria que le proporcionaba su estatus de descubridor de los huesos, acrecentada en los comentarios que se le dedicaron en las redes sociales. No es exagerado decir que se convirtió en una especie de *celebrity* local, lo cual pareció dar derecho a referirse a él de esa forma condescendiente, aunque no sea malintencionada, con que se habla de los adultos con ciertas enfermedades mentales.

Una usuaria de Facebook con ínfulas de filósofa existencialista escribió: «Diego no es víctima de esa obsesión moderna por el ejercicio físico, él recorre nuestra localidad y sus alrededores por gusto y sin necesidad de contar los pasos con un podómetro». «Diego no se mete con nadie, nunca ha dado ningún problema», afirmaba alguien más en otra red social, «y en sus paseos tiene una sonrisa y un saludo para todo el mundo». El tono laudatorio fue en aumento hasta hacerse tan exagerado que resultaba imposible saber si se hablaba en broma o en serio. El calificativo más repetido fue el de «héroe» y alguien llegó a denominarlo con dicción pomposa «pieza esencial» y «clave de bóveda en la investigación». Otro usuario respondió subiendo el listón del encomio: «Su esencialidad no lo es solo para con este suceso, Diego es un pilar básico de nuestro pueblo».

—No me gusta nada lo que se está diciendo de Diego en las redes sociales —me dijo Alberto en una de sus llamadas—, no sé si son panegíricos o cachondeo.

Mientras todo el mundo se entretenía rizando el rizo de los elogios a Diego, yo me propuse saber más. Pensando que tal vez mi estatus de periodista local me granjearía ciertos privilegios, me puse en contacto con la Guardia Civil para recabar información sobre la investigación. Para mi sorpresa, me llegó un e-mail de la Comandancia de la Guardia Civil de Córdoba. Habían rebuscado en los archivos de la época, se decía en el mensaje, y no había ninguna denuncia de desaparición con las características reveladas por el estudio forense. «En casos parecidos», continuaba el *e-mail* con tono didáctico: «siempre hay alguien que te echa de menos; todo el mundo es el hijo, el hermano, el padre, el tío, el amigo de alguien; pero no hay constancia de que se echara en falta a este hombre, no hay denuncias de desaparición que se correspondan con la fecha en que se supone que fue asesinado».

Comenté todo esto con Alberto, que se sorprendió de que la Guardia Civil se hubiese tomado la molestia de contestar:

—¿Qué te dice la intuición? —me preguntó.

—Pues no me ha quedado espacio para la intuición porque ellos mismos me han dado todas las opciones posibles.

—Y esas opciones son...

—Una: que el muerto no tenía ni amigos ni familia, lo cual es muy raro. Dos: que era extranjero y no conocía a nadie en España, lo cual es posible, pero no se sabe que Interpol emitiese ninguna notificación de persona desaparecida con este perfil. Tres: que formaba parte del mundo criminal. Cuatro: una mezcla de todas esas opciones.

—Pues esto no cierra mucho el círculo. Además, ¿qué actividad criminal hay en Montoro?

—De gran calibre ninguna, pero el cadáver podría haber sido enterrado en ese lugar anónimo de la campiña para despistar.

—Y entonces, ¿qué piensa hacer la teniente? ¿No le

hacen las pruebas de ADN?

—Eso es para las películas de detectives. Además, al no tener un pariente con quien hacer el cotejo, los datos genéticos no sirven para nada.

—¡Y yo pensaba que el ADN iba a solucionar todos los problemas de este mundo!

—Parece ser que existen otras pruebas que pueden arrojar información sobre los lugares exactos por donde ha pasado una persona a lo largo de su vida, pero eso solo se hace en casos de gran relevancia.

—Entonces, callejón sin salida.

—Hay una posible salida, que pasa por darle aire en la prensa. Y estoy segura de que por eso la Guardia Civil se ha tomado la molestia de contestarme.

—¡Ah! ¡Los muy lince!

—Bueno, es normal que quieran un *quid pro quo*. Lo supe en cuanto recibí su e-mail.

—¡Ah! ¡La muy lince! —exclamó.

Al día siguiente toda la prensa provincial se hizo eco del suceso, lo cual significaba que los tentáculos de la Guardia Civil eran muchos y estaban colocados estratégicamente. «Son unos lince y un gran pulpo, esta Benemérita», dijo Alberto en otra de sus llamadas.

A nivel local, yo misma publiqué una noticia en la que, citando «fuentes bien informadas», daba pistas sobre la posible identidad del cadáver (lo que la Guardia Civil había llamado «posibles opciones») y animaba a los lectores a contribuir a la pesquisa con cualquier recuerdo o cualquier detalle por insignificante que pareciera. Pese a todos estos esfuerzos, la estrategia de la Guardia Civil no surtió el efecto deseado ya que nadie, ni en Montoro ni en el resto de la provincia, avanzó ningún dato relativo a aquella muerte, ni a aquel muerto, al que en el pueblo se bautizó como *Er tío der fango*. De manera que, pasados unos días, la comisaría pareció resignarse al hecho de que, si nadie reclamaba el cuerpo,